

LOS MEJORES CUENTOS
DE DRAGONES

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

Autores Varios

LOS MEJORES CUENTOS DE DRAGONES



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.
Correcciones: L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Imagen de cubierta bajo licencia Shutterstock
Autor: Refluó

Primera edición: *Septiembre, 2019*
Segunda edición: *Septiembre, 2021*
Tercera edición: *Octubre, 2023*
Cuarta edición: *Marzo, 2024*

ISBN: 978-84-17782-36-8
Depósito legal: M-25161-2019
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Hoy en día estamos acostumbrados a las historias y leyendas de dragones, seres mitológicos que desde la antigüedad han estado muy presentes en la cultura popular, escenificando diferentes simbologías según el lugar y la época. Mientras que en Occidente se ve a los dragones como entes perversos que representan el mal, en Oriente se los suele considerar como criaturas benévolas que auguran buenos presagios. Mientras que para unos son la interpretación de la lucha humana del bien contra el mal, para otros serían la sabiduría ancestral y la fuerza y el poder de la Naturaleza.

OCCIDENTE: Lucha del bien contra el mal.

En numerosas series, películas y libros hemos visto a los dragones como seres diabólicos a los que hay que vencer. En los cuentos tradicionales era normal ver a un príncipe que debe acabar con un dragón para rescatar a su amada, dulce (y de piel blanquinosa) princesa real. Conseguir este hito era símbolo de valentía, pundonor y de vencer a las tentaciones y malas artes del maligno, de ese satán disfrazado en forma de animal salvaje.

La victoria implicaba conseguir «el tesoro», que bien podía ser el amor eterno de la bella dama y/o las riquezas físicas que custodiaba el animal. Es decir, todas estas historias nos vienen

a decir que si somos capaces de sobreponernos al miedo que nos provocan los males y nos levantamos con valentía y los vencemos, siempre tendremos una recompensa diez mil veces mayor a la esperada. Luchar contra nuestro demonio interno cuesta un esfuerzo inconmensurable, pero las gratificaciones que podemos obtener de ello, pueden ser unas de las grandes alegrías de nuestra vida. Esas son las enseñanzas que nos dejan los relatos con visión occidental del mito de los dragones.

LEJANO ORIENTE: La bondad hecha fuerza.

Tanto en Japón como en China, como en otras regiones orientales, los dragones simbolizan el poder celestial y terrenal, es decir, toda fuerza de la Naturaleza. Toda la tradición oral acerca de estas criaturas se traduce en enseñanzas contrarias a las de occidente, pero al final, complementarias. En estos relatos, el dragón es un ser bondadoso y sabio que en innumerables ocasiones interfiere por el hombre para guiarle y ayudarle. No hay en sí una confrontación, sino que es la «unión» de hombre-dragón, alma humana-Naturaleza, la que deriva en equilibrio, paz y felicidad. El dragón no es un enemigo, más bien sería la parte suprema que vive en cada uno de nosotros. Y la unión con nuestro dios interior nos dará la sabiduría necesaria para lidiar con cada uno de los problemas cotidianos, grandes o pequeños, que nos encontremos en nuestro camino.

En esta recopilación (única en español y en otros idiomas) hemos querido recoger una buena muestra de los dragones en la literatura, desde la *Biblia* hasta nuestros días, con autores de la talla de Alejandro Dumas, Nathaniel Hawthorne, Edith

Nesbit, Los Hermanos Grimm, etc., con una mezcla de cuentos tiernos, otros terroríficos, misteriosos, de acción, humor, e, incluso, alguno educativo, ya que como habréis visto, los dragones son sinónimo de enseñanzas, tanto en oriente como en occidente. Disfrutad con la lectura.

¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo,
 O con cuerda que le echas en su lengua?
 ¿Pondrás tú sogas en sus narices,
 Y horadarás con garfio su quijada?
 ¿Multiplicará él ruegos para contigo?
 ¿Te hablará él lisonjas?
 ¿Hará pacto contigo
 Para que lo tomes por siervo perpetuo?
 ¿Jugarás con él como con pájaro,
 O lo atarás para tus niñas?
 ¿Harán de él banquete los compañeros?
 ¿Lo repartirán entre los mercaderes?
 ¿Cortarás tú con cuchillo su piel,
 O con arpón de pescadores su cabeza?
 Pon tu mano sobre él;
 Te acordarás de la batalla, y nunca más volverás.
 He aquí que la esperanza acerca de él será burlada,
 Porque aun a su sola vista se desmayarán.
 Nadie hay tan osado que lo despierte;
 ¿Quién, pues, podrá estar delante de mí?
 ¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo restituya?
 Todo lo que hay debajo del cielo es mío.
 No guardaré silencio sobre sus miembros,
 Ni sobre sus fuerzas y la gracia de su disposición.
 ¿Quién descubrirá la delantera de su vestidura?
 ¿Quién se acercará a él con su freno doble?
 ¿Quién abrirá las puertas de su rostro?
 Las hileras de sus dientes espantan.
 La gloria de su vestido son escudos fuertes,
 Cerrados entre sí estrechamente.
 El uno se junta con el otro,
 Que viento no entra entre ellos.
 Pegado está el uno con el otro;

*Están trabados entre sí, que no se pueden apartar.
Con sus estornudos enciende lumbre,
Y sus ojos son como los párpados del alba.
De su boca salen hachones de fuego;
Centellas de fuego proceden.
De sus narices sale humo,
Como de una olla o caldero que hierve.
Su aliento enciende los carbones,
Y de su boca sale llama.
En su cerviz está la fuerza,
Y delante de él se esparce el desaliento.
Las partes más flojas de su carne están endurecidas;
Están en él firmes, y no se mueven.
Su corazón es firme como una piedra,
Y fuerte como la muela de abajo.
De su grandeza tienen temor los fuertes,
Y a causa de su desfallecimiento hacen por purificarse.
Cuando alguno lo alcanzare,
Ni espada, ni lanza, ni dardo, ni coselete durará.
Estima como paja el hierro,
Y el bronce como leño podrido.
Saeta no le hace huir;
Las piedras de honda le son como paja.
Tiene toda arma por hojarasca,
Y del blandir de la jabalina se burla.
Por debajo tiene agudas conchas;
Imprime su agudeza en el suelo.
Hace hervir como una olla el mar profundo,
Y lo vuelve como una olla de unguento.
En pos de sí hace resplandecer la senda,
Que parece que el abismo es cano.
No hay sobre la tierra quien se le parezca;
Animal hecho exento de temor.
Menosprecia toda cosa alta;
Es rey sobre todos los soberbios.*

El libro de Job 41, Reina-Valera 1960 (RVR1960)

EN LA CORTE DEL DRAGÓN

Robert W. Chambers

EN LA CORTE DEL DRAGÓN

Robert W. Chambers

Oh, tú, que en tu corazón te quemas por los que se queman en el infierno, cuyos fuegos alientas a tu vez; ¿cuánto cundirá el grito: Tened piedad de ellos, Dios? ¡Vaya! ¿Quién eres tú para enseñar y él para aprender?

Las vísperas habían concluido en la iglesia de Saint Barnabé. El clérigo abandonó el altar, y los muchachos del coro atravesaron el presbiterio para ocupar sus lugares en el banco. Un suizo, ataviado con un lujoso uniforme, avanzó por el pasillo sur, golpeando el suelo de piedra con su bastón cada cuatro pasos. Lo seguía Monseigneur C., el elocuente predicador y buen hombre.

Mi sitio se hallaba no lejos de la barandilla del presbiterio. Me giré hacia el extremo oeste de la iglesia. También los demás asistentes situados entre el altar y el púlpito se giraron. Hubo cierto arrastrar de pies y frufrú de telas mientras los reunidos se acomodaban de nuevo. El predicador subió al púlpito y cesó de sonar el órgano. Siempre me había parecido que la música del órgano en Saint Barnabé era sumamente interesante. Si bien erudita y científica, era excesiva para mis pobres conocimientos, pero expresaba una inteligencia vivaz,

aunque distante. Poseía, por otra parte, esa cualidad francesa del gusto, que reinaba en grado supremo, controlado, digno y al mismo tiempo renuente.

No obstante, desde el primer compás, aquel día yo había notado un cambio para peor, un cambio siniestro. Durante las vísperas el órgano del presbiterio había sido el principal apoyo al hermoso coro. Sin embargo, de vez en cuando y de una forma del todo caprichosa, por lo que parecía. Desde la galería occidental, donde se hallaba el gran órgano, había irrumpido en la iglesia una mano pesada para alterar la calma de aquellas cristalinas voces. Era algo más que dureza y disonancia, pero denotaba una gran pericia. Mientras se intercalaba en repetidas ocasiones, rememoré lo que mis libros de arquitectura explicaban sobre la antigua costumbre de consagrar el coro en cuanto se levantaba, mientras que la nave, que en ocasiones se concluía medio siglo más tarde, muy a menudo quedaba sin ser bendecida de ninguna manera.

Llevado por mi imaginación me pregunté si no sería ese el caso de Saint Barnabé, si tal vez algo que no debía ser notado se habría apoderado de la galería oeste. Yo ya había leído que cosas así sucedían, aunque no en obras arquitectónicas. Recordé entonces que Saint Barnabé contaba poco más de cien años, así que sonreí por aquella asociación tan descabellada de supersticiones medievales con esa obrita recargada del estilo rococó del siglo XVIII.

Sin embargo, las vísperas ya habían concluido y deberían haber seguido unos cuantos acordes tranquilos, más a propósito para acompañar la meditación mientras aguardábamos el sermón. En vez de aquello, la disonancia en el extremo inferior de la iglesia hizo su aparición junto con la salida del clé-

rigo, como si fuese incontrolable. Soy miembro de una generación más antigua y sencilla a la cual no le gusta buscar en el arte sutilezas psicológicas. Así pues, siempre me he negado a descubrir en la música algo que no sean melodía y armonía. Sin embargo, sentí que perseguían a alguien en el dédalo de sonidos que emitía ese instrumento. Los pedales iban tras él, arriba y abajo, mientras el teclado bramaba con aire aprobador.

¡Pobre diablo! Quienquiera que fuese parecía no caberle esperanza alguna de escapatoria. Mi irritación nerviosa se tornó en enojo. ¿Quién estaba haciendo aquello? ¿Cómo osaba tocar así durante los oficios? Miré a las personas que me rodeaban, pero nadie parecía en absoluto perturbado. Las serenas frentes de las monjas arrodilladas, aún giradas hacia el altar, no habrían perdido ni un ápice de su devota abstracción bajo la pálida sombra de sus níveos tocados. La elegante señora que estaba sentada a mi vera miraba con aire expectante a Monseigneur C. Viendo su cara, el órgano bien podría haber estado tocando un Ave María.

Sin embargo, el predicador había hecho por fin el signo de la cruz y ordenado silencio. Me giré hacia él de buen grado. Hasta ese momento no había hallado la paz que buscaba cuando entré a Saint Barnabé aquella tarde. Estaba exhausto después de tres noches de sufrimiento físico y perturbación mental. La última había sido la peor de todas, y un cuerpo agotado y una mente nublada aunque hipersensible me habían llevado a mi iglesia favorita para su curación. Y es que había estado leyendo *El Rey de Amarillo*.^[1]

[1] Obra del propio autor de esta historia.

—El sol se alza. Ellos se reúnen y yacen en sus guaridas —recitaba Monseigneur C. su texto con voz tranquila, mirando con serenidad a la grey.

No sé por qué, miré al extremo inferior de la iglesia. El organista salía de detrás de los tubos. Al pasar por la galería, lo vi desaparecer por una puertecita que conduce a unas escaleras que conducen directamente a la calle. Era un hombre enteco, de tez tan blanca como negro era su gabán.

—¡De buena nos libramos! —pensé—. ¡Qué música tan perversa! Espero que tu ayudante improvise el final.

Con una sensación de alivio, con un hondo y tranquilo sentimiento de liberación, me giré hacia el humilde rostro del púlpito, dispuesto a atender. Finalmente había llegado la paz espiritual que anhelaba.

—Hijos míos —sermoneaba el predicador—, existe una verdad que para el alma humana es la más difícil: que nada debe temer. Jamás aprende que no existe nada pueda dañarla realmente.

—¡Curiosa doctrina para un sacerdote católico! —me dije—. Veamos cómo reconcilia eso con los padres de la Iglesia.

—Nada puede dañar realmente el alma —prosiguió con sus tonos más tranquilos y claros—, ya que...

Sin embargo, no oí el resto. Mis ojos abandonaron su cara, no sé por qué motivo, y se dirigieron al extremo inferior de la iglesia. El mismo hombre de antes salía de detrás del órgano ahora avanzaba por la galería siguiendo el mismo camino. Sin embargo, no había tenido tiempo material de regresar y, si hubiese regresado, yo lo habría visto. Sentí un leve escalofrío

y el corazón me dio un vuelco. Aun así, sus idas y venidas no eran nada que fuese de mi incumbencia. Lo miré. No podía apartar los ojos de su negra figura y su tez pálida.

Cuando estaba justo frente a mí, se giró y a través de la iglesia me lanzó una mirada cargada de un odio intenso y mortal, directamente a mis ojos. Fue tan terrible que jamás en mi vida he visto otra semejante. ¡Dios quiera que nunca vuelva a verla! Se esfumó entonces por la misma puerta por la cual lo había visto marcharse hacía menos de un minuto. Traté de ordenarme las ideas. Mi primera impresión fue la que tiene un niño muy pequeño que se ha hecho daño y contiene el aliento antes de romper a llorar.

Verme de pronto siendo el objeto de semejante odio era exquisitamente doloroso. Además, ese hombre era un desconocido. ¿Por qué me odiaba con aquella intensidad? A mí, a quien veía por primera vez. Por un instante mis demás sensaciones se mezclaron con esta angustia. Incluso el miedo estaba sometido a la pena y durante ese instante no albergué ninguna duda. No obstante, comencé a razonar y vino en mi auxilio una sensación de incongruencia.

Como ya he dicho, Saint Barnabé es una iglesia moderna. Es pequeña y está bien iluminada. Se puede abarcar toda con casi solo una mirada. La galería del órgano es iluminada por una intensa luz blanca procedente de una hilera de ventanas bajas situadas en el triforio que ni siquiera tiene los vidrios coloreados. El púlpito está en medio de la iglesia, así que cuando me giraba hacia allí, nada de lo que se moviese en el extremo oeste escaparía a mi mirada. No era de sorprender entonces que hubiese visto pasar al organista. Simplemente había calculado mal el intervalo entre su primera

y su segunda aparición. Habría entrado durante ese lapso de tiempo por la otra puerta lateral. En cuanto a la mirada que tanto me había desasosegado, no había habido tal cosa, y yo era una pobre víctima de mis propios nervios.

Miré en torno a mí. ¡Menudo sitio para cobijar horrores sobrenaturales! El rostro regular y sensato de Monseigneur C., sus modales correctos, sus ademanes morigerados y graciosos, ¿no desmontaban la idea de un horrendo misterio? Miré sobre su cabeza y casi rompo a reír. La tornadiza señora que sostenía una esquina del pabellón del púlpito, parecido a un mantel de cuadros con flecos al viento, al primer intento de un basilisco de posarse en la galería del órgano lo apuntaría con su trompeta de oro y acabaría sin más contemplaciones con su vida.

Reí a solas de la idea que, en ese instante, se me antojó muy graciosa. Allí me quedé sentado, burlándome de mí mismo y de todos los demás, de la vieja arpía fuera de la barandilla, esa que me había obligado a pagar diez céntimos por mi asiento antes de permitirme la entrada. Me dije entonces que recordaba mucho más a un basilisco que el organista de aspecto anémico. Me mofé de la tétrica anciana e incluso... ¡Ay, sí!, incluso del propio Monseigneur C., pues se había desvanecido cualquier devoción. Jamás había hecho nada igual en mi vida, pero ahora sentía deseos de carcajearme.

En cuanto al sermón, no escuché ni sola una palabra, ya que en mis oídos resonaba:

*De cuaresma nos ha soltado
catorce sermones el predicador,*

*pesados, largos y tediosos,
al ritmo de las más fantásticas e irreverentes ideas.*

Ya era un sinsentido seguir allí sentado. Debía salir y librarme de aquel odioso estado de ánimo. Sabía que estaba siendo un grosero, pero me puse de pie y abandoné la iglesia. El sol primaveral brillaba en la rue St. Honoré mientras bajaba de dos en dos los peldaños de la escalinata de la iglesia. En una esquina había una carreta llena de junquillos, pálidas violetas de la Riviera, violetas rusas de tonos oscuros y blancos jacintos romanos flotando entre una dorada nube de mimosas. La calle bullía de gente acicalada en busca de placeres. Hice girar mi bastón y reí con ellos. Alguien me alcanzó y siguió de largo. No se giró, pero su cadavérico perfil dejaba entrever la misma malignidad mortal que la de sus ojos.

Lo observé mientras se mantuvo al alcance de mi vista. Sus espaldas estrechas dejaban sentir la misma amenaza. Cada paso que daba lo separaba de mí, pero parecía llevarlo a realizar algo relacionado con mi destrucción. Avancé arrastrando los pies, que casi se negaban a llevarme. Comenzó a despertar en mí un sentimiento de responsabilidad por algo olvidado mucho tiempo atrás. Empecé a sentir que merecía aquello con lo que me amenazaba. Se trataba de algo que se remontaba a muy atrás..., realmente atrás. Había permanecido latente todos estos años y, no obstante, allí estaba y pronto resurgiría y se enfrentaría a mí.

Pero trataría de escapar, de manera que avancé con dificultad lo mejor que pude por la rue de Rivoli, a través de la Place de la Concorde, hasta el Quai. Miré con ojos enfermos el sol, que fulguraba a través del blanco rocío de la fuente mien-

tras era derramado sobre las oscuras espaldas bronceínas de los dioses fluviales, en el extremo lejano del Arc de Triomphe, una estructura de niebla de amatista en las innumerables perspectivas de tallos grises y ramas desnudas levemente verdes. Fue en ese momento cuando lo vi venir de nuevo por la alameda de nogales del Cours-la-Reine.

Abandoné la margen del río y me interné a ciegas en los Champs Elysées para dirigirme hacia el Arco. El sol de la tarde iluminaba la verde hierba del Rond-point. Él se hallaba sentado en un banco en medio del resplandor, rodeado de niños y de madres. Era solo un dominguero ocioso, como todos los demás, como yo mismo. Pronuncié las palabras casi en voz alta, sin dejar de contemplar el odio maligno que despedía su rostro. Sin embargo, él ni me miraba. Pasé a su lado, arrastrándome, y avancé con pies de plomo por la gran avenida. Sabía que cada vez que me topase con él, el cumplimiento de su misión y mi destino estarían más cercanos. Aun así, yo trataba con todas mis fuerzas de salvarme. Los últimos rayos del sol vespertino se derrababan a través del gran Arc de Triomphe.

Pasé por debajo, y me topé con él de frente. Lo había dejado muy atrás en los Champs Elysées y, pese a ello, venía con una muchedumbre que regresaba del Bois de Boulogne. Se me acercó tanto que llegó a rozarme. Sentí su frágil estructura dentro de su floja y negra envoltura como si fuese de sólido hierro. No parecía tener prisa, ni sentirse cansado, ni parecía albergar sentimiento humano alguno. Todo su ser expresaba una cosa: la voluntad y el poder de dañarme.

Lo miré con angustia mientras avanzaba por la ancha avenida atestada de gente en donde resplandecían ruedas, jaeces

de monturas y cascos de la Garde Républicaine. Entonces lo perdí de vista, y aproveché para girarme y huir... al Bois, y mucho más lejos incluso... No sé adónde fui, pero al cabo de un largo rato, o al menos eso me pareció a mí, la noche había caído y me hallé sentado a una mesita frente a un pequeño café. Había vagado hasta el Bois. Habían transcurrido varias horas desde la última vez que lo había visto. El agotamiento físico y el sufrimiento mental me habían mermado la capacidad para razonar o sentir. Me sentía cansado... ¡exhausto! Solo quería esconderme en mi propia guarida, así que decidí irme a casa. Pero antes debía recorrer un largo trecho. Vivo en la Corte del Dragón,^[2] un pasaje estrecho que discurre desde la rue de Rennes a la rue du Dragon.

Era un callejón solo para peatones. Sobre la entrada de la rue de Rennes existe un balcón que está sustentado por un dragón de hierro. Dentro del patio, a ambos lados, se alzan viejas casas de gran altura que cierran los extremos que dan a ambas calles. Hay unos portones que giran sobre unos goznes que dan paso a unas profundas arcadas durante el día y cierran el patio una vez que ha anochecido. Entonces, quien desee entrar, debe llamar a unas puertecitas laterales. En el pavimento hundido se acumula el agua en charcos insalubres. Empinadas escaleras bajan a las puertas que se abren al patio. Las plantas bajas están ocupadas por comercios de artículos de segunda mano, baratillos y herrerías. Durante todo el día

[2] Se trata de la Cour du Dragon, una antigua calle parisina situada en el distrito VI, en el barrio de Saint-Germain-des-Prés. Debía su nombre a la escultura de un dragón sobre un arco que daba entrada a esa calle desde la rue de l'Égout. La elección del dragón se debió a la proximidad de la rue Sainte-Marguerite. Según la tradición ortodoxa, fue devorada por un demonio con forma de dragón y ella salió de su vientre rasgándolo con un crucifijo.

resuenan allí los rítmicos golpes de martillo y barras metálicas.

Aunque abajo el ambiente sea insalubre, arriba hay alegría, comodidad y trabajo duro pero honrado.

En la quinta planta se sitúan los estudios de los arquitectos y los pintores, así como los refugios de estudiantes de edad mediana como yo, que desean vivir solos. Cuando me instalé a vivir aquí era joven y no estaba solo. Tuve que caminar un buen trecho antes de que apareciese un vehículo adecuado, pero finalmente, cuando casi había llegado de nuevo al Arc de Triomphe, vi un coche libre y lo paré. Desde el Arco hasta la rue de Rennes hay más de media hora de trayecto, sobre todo cuando uno es transportado por un pobre y viejo jamelgo cansado que ha estado a merced de los paseantes dominigueros. Antes de pasar bajo las alas del dragón tuve tiempo de toparme con mi enemigo una y otra vez, pero lo vi y mi escondite ya no estaba lejos.

Un grupo de niños jugaba ante el portón. Nuestro conserje y su mujer estaban entre ellos con su perro de lanas negro, tratando de mantener el orden. Algunas parejas bailaban el vals en la acera. Les devolví el saludo y entré apresuradamente.

Todos los moradores del patio habían salido a la calle. El lugar estaba completamente desierto, iluminado por unos cuantos faroles que colgaban en lo alto y en los que el gas ardía débilmente. Mi apartamento estaba en la última planta de la casa. Daba al centro del patio y se accedía a él por una escalera que descendía casi hasta la calle, dejando libre únicamente un pasaje angosto. Pisé el umbral de la puerta abierta. La acogedora y ruinosa escalera se alzaba ante mí para llevarme al reposo y al abrigo. Al mirar sobre mi hombro dere-

cho lo vi a solo diez pasos de distancia. Había entrado conmigo en el patio. Avanzaba con decisión. No lo hacía lenta ni rápidamente, pero sí directamente hacia mí.

Y ahora me miraba...

Por primera vez desde que nuestras miradas se cruzaron en la iglesia, volvían ahora a encontrarse. Supe que había llegado la hora.

Retrocedí por el patio y me enfrenté a él. Mi intención era huir por la entrada de la rue du Dragon. Sus ojos me dijeron que jamás podría hacerlo. Pareció que transcurrían siglos mientras yo retrocedía y él avanzaba por el patio en silencio. Finalmente sentí la sombra de la arcada y el paso siguiente me llevó al interior. Mi intención era la de girarme allí y escabullirme a la calle dando un salto. Pero la sombra no era la de una arcada, sino la de una bóveda. Los portones de la rue du Dragon estaban ahora cerrados. Lo sentí entre las tinieblas que me rodeaban. Fue en aquel preciso instante cuando pude leer su rostro. ¡Cómo brillaba su rostro en medio de la oscuridad mientras se iba aproximando a mí!

La profunda bóveda, los portones cerrados, los fríos cerrojos de hierro estaban todos de su parte. Había llegado aquello con lo que me había amenazado. Se recogía y pesaba sobre mí en las sombras insondables. Sus ojos infernales eran el punto desde el cual atacaría. Apoyé la espalda contra las puertas atrancadas y lo desafié, aunque ya no albergase esperanza alguna.

Hubo un arrastrar de sillas por el suelo de piedra, un frufrú de vestidos al ponerse la gente de pie. Podía oír a la guardia suiza en el pasillo sur, que precedía a Monseigneur C. al dirigirse a la sacristía. Las monjas arrodilladas salieron de su

devota abstracción y, tras una reverencia, se marcharon. Mi vecina, la dama elegante, también se levantó con su graciosa reserva. Al partir, su mirada recorrió ligeramente mi rostro con un mohín de desaprobación. Medio sordo, o eso pareció a mí, aunque con gran intensidad, atento a la más mínima trivialidad, me quedé sentado entre la multitud ociosa que avanzaba. A continuación me levanté también y me dirigí hacia la puerta.

Había dormido durante todo el sermón.

¿Lo había estado de verdad?

Levanté la cabeza y lo vi dirigirse por la galería a su lugar. Lo vi solamente de lado. Su brazo flaco en su negra cobertura era como uno de esos diabólicos instrumentos sin nombre que se encuentran desperdigados por las cámaras de tortura inutilizadas en los castillos medievales.

Sin embargo, había escapado de él pese a que sus ojos me habían dicho que no podría. ¿Había escapado realmente de él? Del olvido, donde había albergado esperanzas de dejarlo, regresó lo que le confería poder sobre mí. Porque ahora lo conocí. La muerte y la horrenda morada de las almas perdidas, a donde hacía ya mucho tiempo que lo había enviado mi debilidad, lo habían cambiado para cualquier otro ojo que no fuese el mío. Lo había reconocido casi desde el primer instante. No dudé ni un segundo de lo que se proponía hacer. Ahora sabía que mientras mi cuerpo estaba sentado a salvo y animado en la pequeña iglesia, él se había dedicado a perseguir mi alma por el Patio del Dragón.

Me arrastré hacia la puerta. El órgano estalló en todo lo alto con un gran estruendo. Una luz deslumbrante inundó la iglesia y borró el altar de mis ojos. La gente se desvaneció, los

arcos, el techo abovedado se esfumaron. Dirigí mis ojos agotados al insondable resplandor y vi las estrellas negras en el firmamento y los vientos húmedos del lago de Hali me helaron el rostro. Ahora, a lo lejos, sobre leguas de sombrías olas agitadas, vi la luna con perlas de rocío... y más allá, tras la luna, se erguían las torres de Carcosa.

La muerte y la horrenda morada de las almas perdidas, adonde hacía ya mucho tiempo que mi debilidad lo había enviado, lo habían cambiado para cualquier ojo que no fuese el mío. Oí su voz alzarse, crecer, retumbar en la luz deslumbrante. Al caer yo, la irradiación aumentó más y arrojó sobre mí olas de fuego. Entonces me hundí en los abismos y oí al Rey de Amarillo cuchichearme al oído:

—¡Es terrible caer en las garras del dios vivo!

EL PEÑASCO DEL DRAGÓN

Alejandro Dumas

EL PEÑASCO DEL DRAGÓN

Alejandro Dumas

En el pueblo de Rhungsdof, a orillas del Rin, hallamos varios botes aguardando a los viajeros. En pocos minutos nos trasladaron a Koenigswinter, una bonita aldea situada en la otra orilla. Preguntamos la hora a la que pasaba el vapor y nos informaron de que pasaba a las doce. Eso nos dejaba un margen de casi cinco horas, más del tiempo necesario para visitar las ruinas del Drachenfelds.

Después de casi tres cuartos de hora de ascenso por un bonito sendero que rodea la montaña, llegamos a la primera cima, donde hay un albergue y una pirámide. Desde este primer repecho parte un bonito sendero, serpenteante y enarenado como el de un jardín inglés, que conduce a la cima del Drachenfelds. En primer lugar se llega a una torre cuadrada a la que se accede con bastante dificultad por una grieta. A continuación se llega a una torre redonda, completamente arruinada por el tiempo, que permite un acceso más sencillo.

Esta torre está situada sobre la misma peña del dragón. El nombre de Drachenfelds proviene de una antigua tradición que se remonta a la época de Juliano el Apóstata.^[3]

[3] Juliano II (331-332) fue un emperador romano apodado «el apóstata» por su intento de restablecer el panteón grecorromano en detrimento del cristianismo, que

En una caverna situada en medio de la ladera y que aún es exhibida se había refugiado un enorme dragón. Era tan puntual con sus comidas que si olvidaban llevarle cada día un prisionero o un reo al lugar en el que solían dejárselo, bajaba a la llanura y devoraba a la primera persona que se encontraba. Como es natural, el dragón era invencible.

Como se ha dicho ya, esto sucedió en la época en que Juliano el Apóstata llegó con sus legiones y acampó a orillas del Rin. Ocurrió que los soldados romanos, que no tenían más ganas de ser devorados que los lugareños, aprovecharon que estaban en guerra con algunos poblados de los alrededores para alimentar a la bestia sin que les costase nada. Entre los prisioneros, había una joven tan hermosa que se la disputaron dos centuriones. Como ninguno quería cedérsela al otro, se dispusieron a degollarse mutuamente. Fue entonces cuando el general, decidido a ponerlos de acuerdo, resolvió que la joven sería ofrecida al dragón. Fue muy admirado lo acertado de este juicio, tanto que algunos lo compararon con el de Salomón y se dispusieron a regodearse con el atroz espectáculo.

El día fijado, condujeron a la joven, vestida de blanco y coronada de flores, a la cima del Drachenfelds. Allí la ataron a un árbol, como Andrómeda^[4] a la roca. Ella pidió entonces que le dejasen las manos libres, cosa a la que accedieron todos porque no creyeron que debieran negarle algo tan nimio.

ya se había extendido por todo el Imperio romano.

[4] Según la mitología griega, Andrómeda era hija de los reyes etíopes Cefeo y Casiopea, además de la esposa de Perseo. Fue encadenada por su padre a una roca como sacrificio para evitar que el monstruo Ceto destruyese a los hombres y el ganado.

El dragón llevaba una vida bastante metódica y almorzaba, como aún se hace en Alemania, entre los dos y las dos y media de la tarde. Así pues, en el momento en que lo esperaban, salió de su cueva y subió, mitad reptando, mitad volando, hasta el lugar donde sabía que se hallaría su alimento. Aquel día tenía un aspecto más feroz y hambriento que de costumbre. La víspera, por simple casualidad o por un sutil refinamiento de la crueldad, le habían servido un anciano prisionero bárbaro, muy acartonado, que ya no tenía más que pellejo sobre los huesos, de modo que todos se prometían un doble placer por aquel apetito más intenso.

El propio monstruo, al ver a la delicada víctima que le habían ofrecido, rugió de placer, azotó el aire con su cola escamosa y se abalanzó sobre ella. Sin embargo, cuando estaba a punto de alcanzarla, la joven se sacó del pecho un crucifijo y se lo mostró al monstruo. Ella era cristiana. Al ver al Salvador, el monstruo se quedó petrificado. Entonces, al ver que no tenía nada que hacer, regresó silbando en su caverna.

Era la primera vez que los lugareños veían huir al dragón. Así pues, mientras unos corrían hacia la joven y la desataban, los otros persiguieron al dragón. Envalentonados por su miedo, arrojaron al interior de la cueva haces de leña sobre los que derramaron azufre y resina antes de prenderles fuego. Durante tres días la montaña lanzó llamaradas como un volcán mientras se oía al dragón removerse silbando en su cubil. Finalmente los silbidos cesaron y todos supieron que el monstruo había muerto abrasado.

Aún hoy se ven las huellas del fuego y la bóveda de piedra, calcinada por el calor, se deshace en polvo en cuanto alguien la toca.

Es comprensible que un milagro así ayudase mucho a extender la fe cristiana. Desde finales del siglo IV fueron muchos los seguidores de Cristo en las orillas del Rin.

LOS DOS HERMANOS

Los hermanos Grimm

Fin de la edición promocional